

D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿No has visto nada en la calle?  
 ANACLETA. Varios hombres que cruzaron  
 pero que no se pararon.  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. ¿No conociste en el talle?...  
 ANACLETA. Los bultos tan sólo ví,  
 que la noche es muy oscura.  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. Aun más lo es mi desventura;  
 todo me sucede así.

Sale LEONARDA

LEONARDA. (A doña Elvira.)  
 Pronto, bajad al jardín,  
 que aunque no ha dado la hora,  
 el galan que os enamora  
 ha tocado el bandolin.  
 D.<sup>a</sup> LEONOR. Eres, Elvira, dichosa,  
 y debes serlo en rigor.  
 D.<sup>a</sup> ELVIRA. Otra noche, mi Leonor,  
 serás tú la venturosa. (Vanse.)

### ESCENA III

Jardín con parte de verja á un lado, y en ella una puerta practicable,  
 por la que salen embozados EL EMPERADOR y TOMATE, este con un  
 bandolin en la mano, y queda á la parte de afuera EL CONDE.

EMPER. (A la puerta.)  
 Esos galanes me dan  
 cuidado, conde, por Dios;  
 pues dos noches van ya, dos,  
 que en estas calles están.  
 CONDE. Si me hubierais permitido  
 reconocerlos, acaso...  
 EMPER. Hubiera sido mal paso  
 un lance comprometido.  
 CONDE. ¿Si quereis que hasta la aurora  
 yo atento la calle ronde?...  
 EMPER. No es ya necesario, conde;  
 id á descansar ahora.  
 Un breve instante esperad,  
 y al momento os podeis ir.  
 CONDE. Mi obligacion es servir  
 siempre á vuestra majestad. (Vase.)  
 EMPER. Fuerza es dejar la relevante esfera  
 de la alta majestad, del sumo mando,  
 para poder gozar de cuando en cuando,  
 los bienes de la vida placentera.  
 El blando amor, y la amistad sincera  
 huyen del trono y del poder temblando;  
 aunque en el trono y el poder, ansiando  
 dulce amor y amistad, un hombre muera.  
 De la vida comun yo, así encubierto  
 mi nombre y mi dominio sin segundo,  
 vengo á buscar el sosegado puerto:  
 ¿pues qué sin amistad y amor el mundo  
 es para el hombre? Un árido desierto,  
 un ciego abismo, un piélagro profundo.  
 (Se pasea.)

TOM. Señor, doña Elvira llega.  
 EMPER. Mas bien dijeras el sol,  
 con cuyo hermoso arrebol  
 en luz mi pecho se anega.

Sale D.<sup>a</sup> ELVIRA

D.<sup>a</sup> ELV. Don Félix...  
 EMPER. Mi señora:  
 hoy madruga la aurora  
 y más temprano para mí amanece;  
 tal vuestra faz hermosa resplandece  
 á mis amantes ojos,  
 que estas sombras son ya celajes rojos,  
 y vuestra luz divina  
 me abrasa el alma, el pecho me ilumina.

D.<sup>a</sup> ELV. Siempre galan, y siempre lisonjero.  
 EMPER. Siempre rendido amante,  
 que os ofrece anhelante  
 un alma ardiente, un corazon sincero;  
 un alma, un corazon... ¡ah!... (permitidlo  
 á mi labio y oidlo)  
 á quienes turba y viste  
 hoy una sombra oscura,  
 que aun á vuestra presencia se resiste  
 cubriéndolos de luto y de amargura.

D.<sup>a</sup> ELV. ¿Y qué sombra, don Félix?... No os com-  
 EMPER. Ni tampoco me entiendo, (prendo.  
 señora, yo á mí mismo,  
 porque un pecho celoso es un abismo.

D.<sup>a</sup> ELV. Vos os burlais sin duda.  
 ¿De una dama cual yo?... Me dejais muda.  
 (Aparte.) ¡Qué bien, cielos, temia,  
 que al cabo con don Juan se encontraria!  
 (Alto.) Explicaos luégo, luégo.

EMPER. ¡Ah! que no os enojeis, señora, os ruego;  
 ved las ansias mortales con que lucho:  
 escuchadme y callad.

D.<sup>a</sup> ELV. Callo, y escucho.  
 (Hablan aparte.)

TOM. (A Leonarda.) Pues qué, ¿sin luz se viene  
 que aunque se despepita (la maldita?  
 mi corazon por ella y mi deseo,  
 el demonio me lleve si la veo;  
 y será conveniente  
 que el tacto me asegure...  
 (Va á abrazarla.)

LEO. Arre, insolente.

¿No basta el rosicler de mi belleza  
 para que se ilumine su cabeza?

TOM. Por más que te encandilas,  
 nada, nada descubren mis pupilas.

LEO. Da un puñetazo en ellas,  
 y verán las más mínimas estrellas.

TOM. ¡Oh crueldad de estropajo!

LEO. ¿Terneza lacayuna!... ¿Qué hay, bergante?

TOM. Mi corazon flotante

partido está por tí de arriba abajo,  
 y hoy lo destroza ¡cielos!  
 la tenaza encendida de los celos.  
 LEO. ¿Un pícaro tambien...?  
 TOM. Tambien, bribona:

porque de una fregona  
 tener bien puede celos un lacayo;  
 y aun regalarle un sayo  
 de felpa muy cumplida.  
 LEO. Pues mire por su vida  
 que fuera, seor Tomate,  
 meterse en tales gastos disparate.  
 (Siguen hablando aparte.)

D.<sup>a</sup> ELV. Aun cuando fueran tales  
 esos que habeis hallado,  
 y que más razon fuera haber juzgado  
 encuentros á estas horas casuales,  
 ¿por qué han de ser, don Félix, cosa mía?  
 Quien así lo imagine desvaria.  
 En esta misma calle  
 hay muchas damas de gallardo talle,  
 á las que harán terrero  
 uno y otro amoroso caballero.

EMPER. ¿Puede haber por ventura,  
 quien ajeno de gusto y de cordura  
 ronde ansioso esta calle  
 por otros ojos y por otro talle,  
 que por esos divinos, donde el fuego  
 roba para sus flechas amor ciego;  
 y que por ese talle, que parece  
 el vástago gentil de una azucena,  
 que del aura serena  
 al blando soplo en el jardín se mece?

¡Ay! que esas damas bellas  
 comparadas con vos, señora mía,  
 serán lo que ante el sol son las estrellas,  
 lo que una clara noche con el día.

Y aunque rondan por ellas  
 esos dos embozados,  
 se aumentan mis cuidados,  
 porque pueden muy bien llegar á veros;  
 y si advierten que andaban engañados,  
 pues donde alumbrá el sol no arden lu-  
 en holocausto ofrecerán rendidos [ceros,  
 á vuestros piés las almas y sentidos.

Y tengo, tanto os amo, Elvira, celos,  
 bien lo saben los cielos,  
 hasta de que haber pueda en mis amores  
 envidiosos, no ya competidores.

D.<sup>a</sup> ELV. Señor, no vuestro labio  
 haga á la fe de mi cariño agravio;  
 y si me amais, cual me decís, seguro  
 de que es mi pecho diamantino muro,  
 no ofendais más ingrato  
 mi nobleza, mi amor y mi recato.—  
 Mas vamos donde luz haya y asientos,

pues que vuestros gallardos pensamientos  
 aseguran mi nombre y mi decoro.  
 EMPER. Bien sabeis que el tesoro  
 de virtud, de nobleza y de hermosura,  
 con que os dotara el cielo, humilde adoro;  
 y con pasion tan pura,  
 que no debeis temer ni un leve insulto,  
 pues mi amor más que amor, señora, es  
 (Vanse.) (culto.)

TOM. Hola, negra doncella,  
 llévame á la cocina,  
 pues de mí está prendada,  
 á ver si allí me saca una botella  
 y refrito algun cuarto de gallina,  
 con algo de ensalada,  
 aunque esté ya marchita y trasnochada.

LEO. ¿Cómo, señor Tomate?  
 ¿Qué?... Los celosos, á quien Dios mal-  
 no tienen apetito. (diga,

TOM. Pues qué, ¿atacan los celos el gznate,  
 y encogen la barriga?

Yo soy todo al revés; me precipito,  
 y cuando estoy celoso de una zaina,  
 seis capones, dos ollas de chanfaina,  
 cien panes me comiera,  
 y aun agotara una vendimia entera:  
 porque tanto me arrobo,  
 que dejo de ser hombre y soy un lobo.  
 LEO. Pues á verme celoso nunca venga.  
 Cuando lo esté que el diablo lo mantenga.  
 Deje aparte los celos,  
 y le daré aguardiente con buñuelos;  
 y de la cena acaso  
 puede que algun relieve salga al paso.  
 (Aparte.)

Lo que hubiera engullido  
 llegando á tiempo mi francés querido.  
 TOM. Mi condicion se allana.  
 Vamos, dulce tirana.

LEO. Espera... ¿Y mi decoro?

TOM. Más contenido soy que lo es un moro.  
 En dándome torreznos y botellas,  
 pueden dormir seguras las doncellas.  
 (Vanse.)

### ESCENA IV

El aposento que sirve de prision al rey de Francia en la torre de Luján-  
 nes. Estará vestido de tapices, y habrá una mesa y un sillón. Sobre  
 la mesa dos candeleros de plata con velas apagadas, y ardiendo una  
 lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco,  
 con colgadura. Sale PIERRES de detrás de un tapiz, que al levantarse  
 descubre un agujero practicable en la pared, y cuya punta conserva  
 agarrada hasta que salga EL REY.

PIERRES. Gracias á Dios que me veo  
 dentro de mi calabozo.  
 Rebosa en mi pecho el gozo:  
 preso estoy y aun no lo creo.

Mal haya la libertad,  
si es para darse porrazos,  
llevar gentiles trancazos  
y andar en la oscuridad.  
Si por lo ménos Leonarda  
hubiera dádome un trago...  
mas nada... ¡En momento aciago  
se empeñó la zalagarda!

EL REY. *(Sale por el agujero que se oculta al  
soltar Pierres el tapiz.)*

Esta precision maldita  
de estar al amanecer!...

*(Se sienta despechado.)*

PIERRES. *(Encendiendo las velas.)*  
¿Y cómo lo hemos de hacer?

Tu arrojo te precipita,  
y tras de uno y otro lance  
metiéndote á pelear,  
tiempo para enamorar  
imposible es que te alcance.

REY. ¿Y habia de consentir  
que la ronda descubriese  
quién era yo, y se creyese...?

Antes, vive Dios, morir.

PIERRES. ¿Y la música de ayer?

REY. Yo músicas no tolero  
en la calle donde quiero  
á una principal mujer.

PIERRES. Mas está noche, señor,  
despues que los palos diste  
á la ronda, y conociste  
que ver á doña Leonor  
no era posible, ¿por qué  
volvimos?...

REY. Pierres, volví  
porque aquellos hombres ví.  
Ilusion y engaño fué.

PIERRES. No fué, menguado, ilusion;  
tres bultos ví en realidad,  
que luego la oscuridad  
me ocultó.

PIERRES. Tras un rincon  
de miedo se ocultarian.  
REY. Pues si los torno á topar,  
vive Dios, se han de acordar.  
PIERRES. Contigo no se metian.  
*(Entra á arreglar la cama del rey.)*

REY. ¿Por qué, suerte rigorosa,  
ni un punto tus ciegas iras  
y el ceño con que me miras  
has de deponer piadosa?  
En mi dura situacion,  
en mi afanoso desvelo,  
pude lograr el consuelo  
de salir de esta prision,  
por breves ratos no más,

y al lado de Leonor bella  
dar al olvido mi estrella,  
¿y aun estorbándolo estás?  
y no te contentas, suerte,  
y me pones por delante  
sospechas, que en un amante  
son peores que la muerte,  
porque en mi pecho afanoso  
quiere unir tu encono fiero  
el dolor de prisionero,  
y el martirio de celoso.

*(Queda en afligida meditacion.)*

PIERRES. *(Volviendo á la escena.)*  
¿Y á qué, decidme, señor,  
es este afan de salir?

¿Acostarnos á dormir  
no fuera mucho mejor?  
Cuando con tantos dineros,  
cadenas y ricas joyas,  
y á fuerza de mil tramoyas  
logré ganar los arqueros;  
y despues del gran trabajo  
que nos costó taladrar  
esa pared, y encontrar  
salida hasta el piso bajo;  
pensé, juro á San Dionís,  
que era para luégo luégo  
tomar las de villadiago,  
sin parar hasta París.

Así las primeras noches  
que logramos escapar,  
me pensé que iba á encontrar  
caballos, literas, coches;  
mas nada, en espadachines  
y en galanes transformados  
nos fuímos muy embozados  
á rondar unos jardines.

Y luégo á oscuras á entrar,  
tropezando en escalones,  
por desvanes y rincones,  
tú con tu dama á charlar  
y yo á charlar con la moza,  
que segun es de ladina,  
saldrá al fin de la cocina  
en un burro y con coroza.  
Yo... se la hubiera pegado  
á este mastin de Alarcon.

REY. *(Poniéndose en pié muy enojado.)*  
Acaba tu relacion,  
que me tienes mareado.  
Eres villano sin seso,  
y no sabes que las leyes  
del honor para los reyes  
son cadenas de gran peso.  
Si pensaste cual ruin  
que era mi intento fugarme,

quando me viste afanarme  
por salir de este confin;  
ofendiste mi arrogancia,  
que mi palabra he empeñado,  
y jamás á ella ha faltado  
el rey Francisco de Francia.  
Del cielo el rigor esquivo  
y la inicua suerte mia  
me rindieron en Pavía  
al emperador altivo;  
y en aquel campo perdí  
todo, pero la honra no;  
y no soy un hombre yo  
que huyendo salga de aquí.  
O con pactos ventajosos...  
á mi trono he de volver,  
ó rescatado he de ser  
por mis vasallos gloriosos.

PIERRES. *(Humilde.)*

No fué ofenderte mi intento...  
A tus plantas perdon pido.  
Mas no grites, que si ha oido  
tus voces, vendrá al momento  
el furibundo vejete;  
y como no puede en tí,  
tal vez descargará en mí  
la nube con un cachete.

REY. Pues no pienses necedades.

PIERRES. Señor, ¡si soy un pollino!  
Cuanto pienso es desatino,  
cuanto digo vaciedades;  
mas que me gozo confieso  
en ser humilde villano.  
¿Por qué?

REY. Porque puedo ufano  
PIERRES. escaparme si estoy preso,  
como lo hice allá sin mengua  
de la Bastilla en París,  
quando estuvo ya en un trís  
sacarle al pueblo la lengua.  
Y no por lladre, eso no;  
sino porque vuestro ayo  
me quiso colgar el sayo  
de ser vuestro maqueró.  
Mas idos al lecho aprisa,  
que empieza ya á amanecer,  
y esta la hora suele ser  
de la matinal requisa.  
Y si el señor de Alarcon  
nos ve tan empavesados,  
listos y despavilados,  
sospechará con razon.

REY. *(Empezando á desnudarse.)*  
Dices bien.—¡Ojalá el sueño  
descienda á mí, suave y manso,  
y dé á mis penas descanso

TOMO II

con balsámico beleño!  
¡Qué ajena, Leonor, estás  
de que tu don Juan soy yo!  
¡Qué ajena...!—¿Mas qué sonó?  
*(Oyese ruido.)*

PIERRES. Que se acerca Satanás.  
*(El rey se va al lecho precipitadamen-  
te y Pierres con gran presteza apa-  
ga las luces, pone en el suelo unos  
almohadones, se queda en mangas  
de camisa, se acuesta y finge que  
ronca.)*

*Se oye el ruido de una gruesa llave,  
de un cerrojo y de una barra, y sale  
con un candelero en la mano HER-  
NANDO DE ALARCON.*

ALARCON. *(Deteniéndose al entrar.)*  
Maldito este oficio sea,  
que no es para caballeros  
andar en estas requisas  
y vivir celando presos.  
Me gusta á los enemigos  
encontrarme cuerpo á cuerpo,  
dando de maza y montante  
golpe que cante el misterio;  
y me aflige desarmados  
en prision estrecha verlos,  
donde se abate y se postra  
el más generoso esfuerzo.  
El corazon se me parte  
cada vez que á mirar vengo  
si un rey tan grande y valiente  
está postrado y sujeto.

Si ya empeñó su palabra  
de no fugarse aun pudiendo,  
y cual rey ha de cumplirla,  
¿para qué más embelecó?...  
Mas obedecer me toca  
los soberanos preceptos,  
sin meterme á escudriñarlos:  
resígnome y obedezco.  
*(Se acerca con tiento á la alcoba y ob-  
serva al rey que duerme.)*

¡Desdichado! ¡La fortuna  
muy su contraria es por cierto!  
Aunque he ayudado á vencerle,  
me aflige en tal sitio verlo.  
¡Lo que es ser robusto y jóven!  
De su infortunio tremendo  
se olvida, y es venturoso  
entre los brazos del sueño.

*(Se acerca á observar á Pierres.)*  
Este socarron criado,  
que es un tuno como un cerro,  
tambien ronca á pierna suelta.

Muy buenas ganas le tengo.  
Mas pues que todo está en orden  
y nada ofrece recelo,  
duerman tranquilos y olviden  
sus infortunios acerbos.

(Vase.)

PIERRES.

(Se va incorporando al paso que se re-  
tira Alarcon, y cuando éste desapa-  
rece, se levanta y va como detrás de  
él hácia la puerta.)

Señor Alarcon, mil gracias  
por sus cortesés requiebros,  
y por las ganas tambien.  
Reviente con ellas presto.

(Viene al medio de la escena.)

En mi vida me ha cabido

dósis más grande de miedo.  
Temí que me saludaba  
con un puntapié á lo ménos.  
¡Pues si oliera!... No hay cuidado.  
Sepa, señor carcelero,  
que le hacemos la mamola,  
porque es un pobre mostrenco.  
Y si otro fuera mi amo,  
y no andara en devaneos,  
chasco os llevarais tan grande  
que os dejara patitieso.

(Se acerca al lecho del rey.)

Señor, ya se fué.— Durmióse.  
Pues no es mal cuajo por cierto!  
... Mas ha hecho bien á fe mia.  
A seguir voy yo su ejemplo.

## JORNADA SEGUNDA

### ESCENA PRIMERA

Salon del alcazar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, sentado junto  
á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado  
de escribir, y EL CONDE de pié junto al sillón.

EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,  
con el alma lo deseo,  
el importante correo,  
ó mañana á más tardar.

CONDE. Tambien yo anhelo que venga,  
porque al cabo el compromiso...

EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso  
es que fin, y pronto, tenga.  
Todo un rey, y un rey de Francia,  
más de un año prisionero  
es triunfo muy lisonjero  
á mi poder y arrogancia;  
pero tambien en verdad  
es ya embarazo forzoso  
para la paz y el reposo,  
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene  
el tratado, que en rigor  
á vuestro gusto es, señor,  
y á ambas coronas conviene,  
la paz queda asegurada.

EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,  
vuelve Francisco á su trono,  
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el francés  
arrollase...

EMPERADOR. No lo espero.  
Se precia de caballero  
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda  
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR. De la Italia soy señor,  
¡ay de aquel que la pretenda!  
Del imperio, ó de la España,  
siempre la Italia será,  
y en ella tres veces ya  
se hundió la francesa saña.  
Y con Pescara, Alarcon,  
el del Vasto, Juan de Urbina,  
Leiva, Santillana, Encina,

CONDE. y otros caudillos, que son  
de esfuerzo y pericia soles,  
¿quién la Italia ha de pisar?  
¿Quién querrá el valor tentar  
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados  
y tan nobles capitanes,  
todos vuestros sabios planes  
verá el orbe realizados.

EMPERADOR. Sí, con española tropa,  
en quien yo mis glorias fundo,  
estrecho se me hace el mundo,  
conque, ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,  
si recordais tanta hazaña  
como las armas de España  
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR. Pues si el plácido reposo  
de la cristiandad consigo,  
verás á mis piés, amigo,  
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la Omnipotencia,  
que la morisma postrada...

EMPERADOR. Dad, conde, al alcalde entrada,  
que espera hace rato audiencia.

CONDE. (Acercándose á la puerta.)  
El alcalde.

Sale EL ALCALDE, hace una profunda  
reverencia, hinca una rodilla en tier-  
ra é inclina en ella la vara.

ALCALDE. Emperador  
siempre glorioso y augusto,  
mi rey siempre grande y justo,  
á vuestras plantas, señor...

EMPERADOR. (Grave.) De la tierra, alcalde, alzado,  
y alzado la vara, que yo  
acato tambien, y no  
la quiero en tierra. Llegad,  
(Se levanta y acerca el alcalde.)  
que porque en la tierra anduvo  
anoche, mi celo os cita,  
pues hablaros necesita  
de aquello que anoche hubo.  
¿Qué desórdenes, decid,  
son esos que han ocurrido,